

# POBLACIÓN Y CAMBIOS SOCIALES

*Julio Carabaña Morales\**

Cuando la redacción de *ICE* me hizo la distinción de encomendarme la coordinación de un volumen monográfico sobre las repercusiones sociales y políticas de los cambios demográficos, pensé de inmediato en la separación que hace Erik O. Wright (1994) entre disciplinas de variable dependiente y disciplinas de variable independiente. Las disciplinas de variable dependiente enfocan un objeto y examinan todas las variables que influyen en él, por mucho que éstas sean objeto propio o directo de otras disciplinas. Digamos que adoptan un punto de vista sintético. La oncología sería un buen ejemplo de disciplina de variable dependiente: le interesa el cáncer y todas sus causas y remedios, sean éstas sociales, psicológicas, fisiológicas o ambientales. La sociología electoral sería también un buen ejemplo de este enfoque sintético o de variable dependiente: le interesan los resultados y todas sus explicaciones y determinantes, de la naturaleza que sean. En cambio, las disciplinas de variable independiente enfocan un objeto y examinan sus efectos y consecuencias sobre cualesquiera otros ámbitos. Digamos que adoptan un punto de vista más bien analítico, pues sus efectos sobre los demás campos son sólo una parte de los que influyen en ellos. La endocrinología sería un buen ejemplo de disciplina de variable independiente: estudia las glándulas y sus secreciones, que tienen múltiples efectos sobre muchos órganos y funciones, pero sin determinar totalmente a ninguno. En sociología, el análisis de clase, es decir, el estudio de las influencias de la clase social en el resto de los ámbitos de la vida social, sería un buen ejemplo de disciplina de variable independiente.

La demografía puede considerarse igual de un modo que de otro. Estudia los cambios de población, y al intentar explicarlos tiene que recurrir causas de lo más variopinto, desde las cosechas a los descubrimientos farmacológicos. En este sentido se comporta como una disciplina de variable dependiente. El análisis de las consecuencias sociales de los cambios demográficos, que era el encargo recibido, es en cambio un planteamiento típico de variable independiente. Decidí que no fueran demógrafos, sino especialistas en cada uno de los campos en los que la demografía influye quienes se encargaran de examinar los efectos de los cambios demográficos en sus respectivos ámbitos.

---

\* Universidad Complutense de Madrid.

Un solo artículo habría de tratar la demografía como variable dependiente, precisamente el inicial y en cierto modo principal, que estableciera los hechos, es decir, los cambios demográficos y sus causas, doquiera que haya que ir a buscarlas. **Margarita Delgado** presenta estos hechos enmarcados para su mejor comprensión en un contexto mundial y europeo. Básicamente son éstos: la esperanza de vida de los españoles es hoy de las mayores del mundo y no es fácil predecir hasta dónde la llevarán los avances de la salud y la medicina. La fecundidad de las españolas es una de las menores del mundo, y como las menos prolíficas son las más educadas, es de temer que la expansión de la enseñanza siga deprimiendo los nacimientos en el futuro. La inmigración, por último, ha crecido tanto y tan imprevisiblemente en el cambio de siglo que cualquier conjetura sobre su futuro es muy aventurada. En cuanto a las causas, unas veces son claras y otras muy discutidas, como bien ilustra la parte final del trabajo.

Un artículo está a caballo entre las dos perspectivas, el de **Joaquín Arango** sobre los inmigrantes. Como él mismo dice, la inmigración puede ser consecuencia del cambio demográfico, pero también es ella misma cambio demográfico. Por lo tanto, la inmigración es a la vez causa y consecuencia, variable dependiente e independiente. Es consecuencia porque puede estar inducida por el lento crecimiento de la población, la baja fecundidad y por una estructura por edades en proceso de envejecimiento; es causa porque contribuye al crecimiento de la población y porque es susceptible de elevar la fecundidad agregada y atenuar el envejecimiento relativo. Además, la inmigración produce efectos económicos y sociales propios. No cabe duda de que la brecha entre España y sus lugares de origen, que es el principal factor de atracción, seguirá abierta mucho tiempo, por lo que cabe imaginar una segunda etapa de crecimiento económico con oferta ilimitada de mano de obra. Más dudosa es la permanencia: muchos vuelven pronto a su país de origen, sin ni siquiera tener hijos o generar derecho a pensión; otros lo generan pero aun así vuelven con o sin sus hijos; otros en fin se quedan. Y más dudosa todavía es la integración, que depende vagamente de la distancia cultural y más precisamente del grado en que se formen comunidades separadas sancionadas por la costumbre religiosa, como suele ser el caso con las comunidades islámicas. De todo esto, y de algunas cosas más, trata Arango en su artículo.

Por mucho que los cambios demográficos se aproximen al ideal durkheimiano de hechos sociales independientes de la voluntad de los actores, sus consecuencias sociales se despliegan en un campo con muchos grados de libertad entre los cuales pueden decidir la voluntad colectiva. Para estudiar estas consecuencias no basta con quedarse en el terreno aséptico de la ciencia social positiva, sino que es menester adentrarse en el campo de las valoraciones, las preferencias y las políticas. Dentro de este campo destacan de inmediato los problemas que la evolución demográfica va a plantear al Estado del Bienestar. Nada mejor, pues, que contar con una visión general, forzosamente normativa, que proporcionara un marco amplio para las investigaciones específicas. En realidad conseguí dos, y no tan redundantes. **Gösta Esping-Andersen** ofrece con mucha claridad tanto un planteamiento normativo, como una dirección política. Su ideal social incluye

elevada productividad, igualdad de sexos, mujeres que trabajan fuera de casa, natalidad creciente, fuertes inversiones en la infancia y, desde luego, una tercera edad bien atendida. Para conseguir simultáneamente todos estos objetivos, los Estados mediterráneos tienen que aliviar a las mujeres de las tareas domésticas que ahora las encadenan, sobre todo del cuidado de niños y ancianos, y emprender políticas de vigorosa protección a las familias. Desfamiliarizando la política social, es decir, apoyando a las madres trabajadoras y minimizando la inseguridad económica de las familias con hijos es como el prestigioso analista del Estado del Bienestar piensa que podemos maximizar en el futuro tanto el bienestar material como el bienestar social de los individuos..

Duplica el planteamiento global y normativo **Álvaro Espina**, al cual publicamos una versión algo resumida (y, por necesidades editoriales, desprovista de viñetas humorísticas) de una monografía más extensa en la que plantea el problema de elección social subyacente a la reforma del Estado del Bienestar exigida por los cambios demográficos. Combina Espina en su trabajo: a) La hipótesis de Easterling generalizada, según la cual las pautas básicas de lo que se ha dado en denominar «segunda transición demográfica» responden al comportamiento racional de los hogares; b) el paradigma tridimensional del Estado del Bienestar de Esping-Andersen, concebido originalmente como modelo para el análisis comparado de políticas sociales, pero que ha derivado recientemente hacia el análisis de sistemas de preferencias sobre jerarquías de valores, identificando al menos tres tipos sociales, protagonistas privilegiados, cada uno de ellos, de uno de los tres «mundos» del Estado del Bienestar; y c) el teorema de la imposibilidad de Arrow, que refleja el *impasse* actual de la estructura de preferencias colectivas en muchos países de Europa, y especialmente en aquellos cuyo Estado del Bienestar se sitúa en el mundo «conservador-corporatista-familiarista» de Esping-Andersen. Frente a las propuestas orientadas al agonismo y la competencia identitaria, el trabajo aventura la hipótesis de que la reforma sostenible del sistema de bienestar europeo requerirá la aparición de modalidades de democracia consociativa (del tipo descrito por John Rawls), que sólo resultarán factibles políticamente en la medida en que se produzca una cierta convergencia en el sistema de preferencia de valores.

Tras estos trabajos orientados al conjunto, el resto de los artículos versan sobre consecuencias particulares o sectoriales de los cambios demográficos. Vienen primero los sectores en los que lo más importante es la baja natalidad. Yo mismo me he encargado de explorar sus consecuencias para la enseñanza, que parecen ser en general positivas para cada individuo, pues, como suele ocurrir, siendo menos se toca a más, en este caso recursos escolares, sin que ello signifique que se sabe más —pues el saber, a diferencia del trabajo, no es cosa que pueda distribuirse, sino que en todo caso ha de adquirirse—. Parecen, en cambio, más bien negativas para la economía, a la que faltarán los titulados a bajo precio a los que se ha acostumbrado, y sobre todo para la investigación, que tendrá más difícil proveerse de becarios baratos; lo cual inducirá con fuerza corrientes de inmigrantes, por fortuna abundantes por el momento, y cuyos hijos se adaptan a la escuela mucho mejor de lo que la fama se empecina en pregonar.

Una de las predicciones que se derivan de la disminución de licenciados es una mejora de sus condiciones laborales. La relación entre natalidad y empleo evoca la obra de Easterlin (1968) y la hipótesis de que las cohortes de edad pequeñas tienen más oportunidades de estudiar, de trabajar y de ganar dinero que las grandes. El interés político es inmediato, aunque sólo sea por la comprensible tendencia de los gobiernos a ignorar la benéfica influencia de la baja natalidad sobre el paro y a atribuir el descenso de éste a medidas políticas como el déficit cero, el control de la inflación, la formación continua, etcétera. **Luis Garrido** ha hecho lo posible por contrastar la experiencia laboral de las cohortes más numerosas de la historia, las nacidas en los primeros setenta, en los últimos años del franquismo, y las menos numerosas, que son las nacidas a continuación en los primeros años de democracia (tan brusco fue el descenso). Como marco ofrece una «demografía de la ocupación» que nos detalla la evolución en el último cuarto de siglo de la ocupación de todas las cohortes por sexo y nivel de estudios, las dos variables básicas que permiten pasar, como Marx dejó dicho, de la población en general a sus ricas determinaciones. Muestra que las crisis económicas han expulsado del empleo a los varones tanto más cuanto menores son sus estudios, y que su recuperación del empleo en las bonanzas también ha sido mayor cuanto más formación tenían. En los extremos, los analfabetos han sido expulsados de manera casi completa e irreversible, mientras que los licenciados universitarios prácticamente no se han visto afectados por los ciclos, ya que han estado ocupados prácticamente *todos* a lo largo de la fase central de su vida laboral. En cuanto a las mujeres, al ser sus tasas de ocupación mayores cuanto más alto su nivel formativo, se deduce de sus trayectorias laborales por estudios que el cambio de su participación laboral ha sido en gran medida un efecto composición. Las mujeres de cada nivel de estudios han cambiado poco su comportamiento laboral. El cambio global está regido por el fuerte aumento de los niveles de estudios altos, que logran altas tasas de ocupación, es decir, por el vuelco formativo de las tres últimas décadas.

Se muestra así que el impacto de los cambios demográficos sobre la ocupación no puede hacerse en términos de totales de trabajadores, sino de su composición por niveles formativos. Tal impacto pertenece todavía en su mayor parte al futuro, pues los nacidos en 1976 no han llegado todavía a los treinta años y los nacidos en 1985 no tienen todavía veinte. Así que propiamente sólo pueden considerarse las experiencias de los menores de veinte años, pocos de los cuales tendrán más que los estudios básicos. Parece que la ventaja del pequeño número, que apuntaba a fines de los noventa, ha sido anulada en los últimos cuatro años por los inmigrantes que son los «equivalentes» laborales de los españoles con estudios básicos. Del resto de estas generaciones cortas, es decir, de quienes tienen niveles de estudios medios y superiores, sólo se pueden aventurar especulaciones sobre la base de las tendencias de la economía. Las de Garrido, como el lector verá, son a la vez prudentes y sugerentes.

Hay muchos jóvenes en paro, y de los que trabajan muchos lo hacen en empleos precarios y mal pagados, por lo cual no pueden acceder a la vivienda, ni casarse, ni

tener hijos. ¿Cómo entonces, pese a su baja demanda, cada vez se construyen más casas que se venden cada vez más caras, a doble precio ahora que hace cinco años? **José Manuel Naredo** nos proporciona algunas claves de este enigma. Primero establece, con gran claridad, las peculiaridades del auge actual, que es a la vez de precios y de cantidad y está teniendo una intensidad y una duración imprevistas, en comparación con los dos últimos (el de los primeros setenta y el de los últimos ochenta). Cuantifica, luego, los determinantes básicos de la demanda: unos cien mil hogares nuevos anuales, más inciertas cantidades de inmigrantes trabajadores de nivel adquisitivo bajo y de turistas de nivel adquisitivo alto que se concentran en las costas. El resultado es que España está ya a la cabeza de Europa en viviendas por habitante, si bien no en viviendas principales. Naredo se atreve a pronosticar una desaceleración del crecimiento basándose en el agotamiento de la capacidad de endeudamiento de los hogares y en el previsible aumento de los tipos de interés. Incluso sin contar los efectos de una eventual burbuja inmobiliaria, la llegada al mercado de la vivienda con 25 años de retardo de las generaciones breves de los ochenta debería de provocar un exceso de oferta que quizás se equilibrará con un aumento del alquiler y un descenso de los precios. De las políticas de vivienda de las que depende el curso de los acontecimientos, Naredo defiende la promoción de la vivienda social y la conservación del patrimonio con criterios de sostenibilidad y habitabilidad. Esperemos que el celo político no sea tan eficaz que, sumado a la contracción de la demanda de las generaciones breves, haga estallar la burbuja y provoque una crisis a la japonesa.

Tras los artículos que tratan sobre todo de las consecuencias de la natalidad vienen los que tratan sobre todo de las consecuencias del envejecimiento. La cuestión de las pensiones tiene tal importancia política que me alegro mucho de poder presentar finalmente dos enfoques distintos. Nuestro sistema de pensiones tiene dos rasgos básicos: reparto y prestaciones definidas. Está muy extendida la hipótesis (el temor) de que, de no reformarse el sistema de la Seguridad Social, el gasto en pensiones llegará a niveles difícilmente soportables. Se considera tal dedicar a pensiones el 17 por 100 del PIB, porcentaje que se conseguiría en 2050 de no variar la generosidad del sistema (pensión media = 17 por 100 de productividad media) y llegar a un 70 por 100 de ocupación. **Ignacio Conde-Ruiz** y **Javier Alonso** primero actualizan y comparan entre sí varias estimaciones del gasto en pensiones, y nos ofrecen, luego, un estudio preciso de dos modos de reducir la generosidad del sistema, es decir, las «prestaciones definidas». Uno es la fórmula del Pacto de Toledo de revaluar las pensiones con la inflación y no con los salarios, lo que deja constante su poder adquisitivo. Con esta fórmula, la generosidad se reduce en la misma proporción en que crece la productividad. Bastaría, por tanto, un crecimiento del 2 por 100 anual en la productividad para que el porcentaje del PIB dedicado a pensiones se quedara en la zona del 10 por 100 actual. Ahora bien, de hecho la generosidad del sistema no se ha reducido con el Pacto de Toledo. Ello se debe a que las pensiones mínimas se revalorizan por encima de la inflación y a que los nuevos jubilados tienen pensiones más altas. El se-

gundo modo de reducir la generosidad del sistema consistiría en fijar una pensión máxima inferior a la base máxima de cotización que, en virtud de los incrementos de productividad, fuera alcanzada cada vez por más gente. La generosidad del sistema se reduciría sólo para los más ricos. Con la pensión máxima actual de poco más de 2.000 euros mensuales y un crecimiento de la productividad del 1,5 por 100, la cuarta parte de las pensiones serían máximas en el año 2050 y, en conjunto, no consumirían más del 10 por 100 del PIB. Creciendo la productividad al 3 por 100, un 40 por 100 de las pensiones estarían en el tope y nos las arreglaríamos con poco más del 5 por 100 del PIB.

Los modelos de Conde-Ruiz y Alonso proponen modificaciones en la definición de las prestaciones, es decir, en el ratio entre pensiones y salarios. Se suele atribuir a los sindicatos la idea de que los incrementos de productividad hacen innecesarios los cambios en el sistema de pensiones. **Miguel Ángel García** y **Felipe Serrano** defienden en su artículo este punto de vista, calculando que con un crecimiento económico global del 2,5 por 100 pueden mantenerse constantes las tasas de sustitución del sistema en la actualidad. Lo que más interesa a estos autores, de todas formas, es dejar claro que cualesquiera que sean los problemas del actual sistema de reparto, serían los mismos para un eventual sistema de capitalización. Tocan así, qué duda cabe, el punto políticamente más álgido, tanto para los partidarios de la capitalización (quizá no todos liberales), como para los defensores del reparto (puede que no todos socialdemócratas). Como coordinador del número estoy satisfecho de que los dos artículos ofrezcan al lector elementos suficientes, si no para juzgar, sí al menos para meditar.

No sólo en pensiones gastan los ancianos; también, según se dice, son grandes consumidores de médicos y, sobre todo de medicamentos. **Ana Rico** y **Alberto Infante** dejan pronto clara la limitación de esta manera de ver las cosas. Cierto que cada vez envejecemos más, pero ojalá siga siendo así, pues cada vez envejecemos mejor, y los años de la vida en que necesitamos cuidados médicos y personales son más o menos los mismos, los postreros. Además, los cuidados médicos que necesitan los más viejos no son de los más intensivos en tecnología, que son los caros. Otra cosa son los cuidados personales, intensivos como son en mano de obra, ahora sobre las espaldas de unas mujeres que serán en el futuro cada vez menos, más educadas y más demandadas por el trabajo extradoméstico. Rico e Infante proponen aprender de la experiencia europea y la parte final de su trabajo es una instructiva presentación de los modelos de los países más avanzados.

Rico e Infante le pasan el testigo a **Sebastián Sarasa** y, como ocurre en las carreras de relevos, los primeros se van retirando en el mismo terreno donde el segundo cobra brío. Se necesitarán más cuidados a personas dependientes, sobre todo ancianas, y a las mujeres se las recaba por otro lado para que aumenten la población ocupada y la riqueza. Sarasa constata, en primer lugar, lo mal provistos que estamos de servicios sociales, al menos en comparación con los países más adelantados de nuestro entorno. Necesitamos un sistema de atención a dependientes eficaz (en co-

bertura e intensidad) y eficiente (que minimice el gasto). El retraso tiene sus ventajas, no siendo la menor que podemos aprender de las experiencias de otros. Tres modelos se nos ofrecen: el danés, de servicios sociales universales y muchas mujeres empleadas; el español, de servicios sociales asistenciales mínimos con mujeres como cuidadoras; y el alemán, que permite elegir a todo el mundo entre servicios en especie y ayudas monetarias, con lo que las mujeres pueden elegir entre cuidar ellas mismas o pagar un cuidador mientras hacen otra cosa. Con datos elaborados del Panel de Hogares de la Unión Europea, Sarasa concluye la superioridad del sistema danés porque no sólo permite mayor actividad laboral femenina, sino porque parece quedar más cerca de optimizar el conjunto. Es conveniente leer conjuntamente los trabajos de Sarasa y de Esping-Andersen, pues cada uno contribuye notablemente a la mejor comprensión del otro.

Todas estas necesidades en pensiones, sanidad y servicios puede que no tengan como única contrapartida social meros deberes que «nosotros», los jóvenes, nos vemos piadosamente compelidos a cumplir hacia nuestros pobres e indefensos padres. Bien podrían convertirse también en exigencias o mandatos del «poder gris». Dicen las viejas consejas que antes los ancianos eran muy respetados. **Enrique Gil Calvo** se ha atrevido a pronosticar que también serán muy poderosos en el futuro, aunque sólo sea por la fuerza en votos de su mero número. En cierto modo, es un descanso que el autor haya decidido no presentar cifras, por ejemplo resultados de encuesta sobre las preferencias de la población, sino que haya preferido presentarnos descripciones de pares de escenarios lógicamente opuestos, asegurándose así de que la realidad quedará entre ellos. Un ejemplo de tales opuestos es el siguiente: la abundancia de ancianos, ¿generará una cultura más bien senil o una cultura más bien sabia, prudente? La aparente asepsia de este proceder no obsta para que Gil Calvo ofrezca a la tercera edad una agenda poco disimulada de reivindicaciones, entre las que se cuentan el derecho a la jubilación voluntaria, la proporcionalidad entre prestaciones de la Seguridad Social y contribuciones a la misma y algunas otras que nos llevan directamente a la política entendida en su sentido de proceso decisorio (*politics*) previo a las soluciones (*policies*) que desde un punto de vista más técnico ocupan el centro de las demás contribuciones.

He aprendido mucho planificando este número y leyendo con obligada atención unas contribuciones que, en todos los casos, han confirmado el acierto al encargarlas. También he tomado más conciencia si cabe de las imperfecciones del conjunto. Ciertas cuestiones han quedado sin tratar, y como no hay nada como el aprender para despertar la curiosidad, ahora tengo muchas más preguntas sin responder que antes. Mencionaré sólo dos. Una es la ilusión de riqueza que producen tanto el descenso de la natalidad como la inmigración. Recibe mucha atención el envejecimiento como depresor de la renta per cápita (el problema de las pensiones) y muy poca que con baja natalidad parece que nos hacemos más ricos porque no estamos invirtiendo en niños; se trata, evidentemente, de un aumento momentáneo de lo que podríamos llamar, remedando

el argot empresarial, «beneficios extraordinarios». Añadamos a la población española de 40 millones los siete millones más de menores de veinte años que tendríamos de no haber bajado la fecundidad desde 1976, y nuestra renta per cápita sería un sexto menor. Y si a estos siete millones de españoles virtuales, que en muy pocos casos trabajarían, le añadimos otro millón más de inmigrantes no contabilizados que sí trabajan, la renta per cápita disminuye todavía un poco más, y descienden mucho las estimaciones de la productividad de nuestra economía. Otra cuestión que ha quedado claramente en el tintero se refiere a los modelos de atención a dependientes. Aprender de la experiencia de otros, que han pagado el precio de tomar la delantera, es obviamente beneficioso, pero también es bueno que la imitación no nos impida apreciar fenómenos nuevos, aunque incipientes, como son los cuidados privados provistos a bajo coste por inmigrantes, muchas veces ilegales, un fenómeno que parece especialmente boyante no sólo en España sino, según los periódicos, también en Italia.

Para terminar esta presentación, he pensado que sería útil insertar un cuadro con los datos y las previsiones demográficas más importantes para que sirvan de referencia general al lector de cualquier parte del volumen. Agradezco a Margarita Delgado la gentileza de habérmelos cedido.

Madrid, 14 de junio de 2004

### Referencias bibliográficas

[1] EASTERLIN, R. A. (1968): *Population, Labor Force and Long Swings in Economic Growth. The American Experience*, Nueva York, National Bureau of Economic Research.

[2] WRIGHT, E. O. (1994): *Interrogating Inequality*, Londres, Verso.

**PROYECCIÓN DE LA POBLACIÓN ESPAÑOLA, 2000-2050**

Año	2000	2015	2025	2050
<b>Volumen total (en miles)*</b> . . . . .	<b>40.753</b>	<b>41.166</b>	<b>40.367</b>	<b>37.336</b>
Grupos de edad (en miles)*				
0-4 . . . . .	1.927	1.698	1.526	1.603
5-9 . . . . .	1.915	1.811	1.564	1.660
10-14 . . . . .	2.107	1.916	1.721	1.724
15-19 . . . . .	2.616	1.985	1.864	1.742
20-24 . . . . .	3.349	2.022	1.998	1.719
25-29 . . . . .	3.604	2.243	2.075	1.678
30-34 . . . . .	3.324	2.737	2.083	1.733
35-39 . . . . .	3.213	3.429	2.282	1.894
40-44 . . . . .	2.984	3.639	2.766	2.019
45-49 . . . . .	2.509	3.335	3.422	2.101
50-54 . . . . .	2.381	3.179	3.590	2.123
55-59 . . . . .	2.168	2.888	3.253	2.086
60-64 . . . . .	1.812	2.362	3.037	2.201
65-69 . . . . .	2.119	2.163	2.692	2.559
70-74 . . . . .	1.900	1.849	2.112	2.977
75-79 . . . . .	1.374	1.386	1.756	2.803
80-84 . . . . .	822	1.308	1.280	2.124
85-89 . . . . .	435	814	739	1.472
90-94 . . . . .	167	327	457	793
95-99 . . . . .	27	70	136	268
100+ . . . . .	0	5	14	57
Grandes grupos (ABS)				
0-14 . . . . .	5.949	5.425	4.811	4.987
0-19 . . . . .	8.565	7.410	6.675	6.729
20-64 . . . . .	25.344	25.834	24.506	17.554
65+ . . . . .	6.844	7.922	9.186	13.053
85+ . . . . .	629	1.216	1.346	2.590
Grandes grupos (%) . . . . .				
0-14 . . . . .	14,60	13,18	11,92	13,36
0-19 . . . . .	21,02	18,00	16,54	18,02
20-64 . . . . .	62,19	62,76	60,71	47,02
65+ . . . . .	16,79	19,24	22,76	34,96
85+ . . . . .	1,54	2,95	3,33	6,94
Tasa anual de crecimiento (%)* . . . . .	0,41	-0,06	-0,22	-0,48
<b>Índice sintético de fecundidad**</b> . . . . .	<b>1,19</b>	<b>1,22</b>	<b>1,42</b>	<b>1,85</b>

NOTAS: \* Cifras sobre la base de la variante media en el caso de la fecundidad, único componente para el que se proyectan diferentes hipótesis, ya que para la mortalidad y las migraciones las hipótesis son las mismas en cualquiera de las variantes de la proyección.

\*\* Los valores se refieren al promedio de los cinco años anteriores a la fecha de referencia: 1995-2000 para el 2000, 2010-2015 para el 2015, etcétera, en todos los casos asumiendo la variante media de las proyecciones.

FUENTE: UNITED NATIONS (2003), *World Population Prospects, The 2002 Revision*.



## BASE DE DATOS ICE

**INFORMACION COMERCIAL ESPAÑOLA** ofrece un servicio de búsquedas bibliográficas sobre la información aparecida en sus publicaciones periódicas.

**PRODUCTOR:** Subdirección General de Estudios del Sector Exterior y la Competitividad. Secretaría de Estado de Turismo y Comercio. Ministerio de Industria, Turismo y Comercio

**TIPO:** Referencial (Bibliográfica).

**TEMATICA:** Economía general, economía española, economía internacional, teoría económica.

**FUENTES:** Información Comercial Española. Revista de Economía.  
Boletín Económico de ICE.  
Países de ICE.  
Cuadernos Económicos de ICE.

**COBERTURA TEMPORAL:** Desde 1960 para *Información Comercial Española. Revista de Economía*.  
Desde 1978 para las otras publicaciones.

**ACTUALIZACION:** Semanal.

**VOLUMEN:** 16.500 referencias.

### MODELO DE REGISTRO

**AUTOR:** DE GRAUWE, PAUL.

**TITULO:** PERSPECTIVAS DE UNA UNION MONETARIA REDUCIDA EN 1999 (THE PROSPECTS OF A MINI CURRENCY UNION IN 1999).

**REVISTA:** INFORMACION COMERCIAL ESPAÑOLA. REVISTA DE ECONOMIA.

**NUMERO (MES)/PAGINAS:** 756 (AGOSTO-SEPTIEMBRE)/9-24, 30 ref.

**DESCRIPTORES:** INTEGRACION EUROPEA / INTEGRACION MONETARIA / UNION MONETARIA / CONVERGENCIA ECONOMICA.

**IDENTIFICADORES:** UEM / TRATADO DE LA UNION EUROPEA.

**RESUMEN:** En 1998 habrá que decidir qué países entrarán a formar parte de la Unión Monetaria y una de las hipótesis que se contempla es la de la creación de una Unión Monetaria reducida. En el presente artículo se analizan las ventajas o inconvenientes de una Unión de estas características partiendo de la teoría de las áreas monetarias óptimas. Seguidamente, se estudian diversas cuestiones de economía política del Tratado de Maastricht, finalizándose con el análisis de varios escenarios alternativos del tamaño de la futura Unión Monetaria.

**AÑO DE PUBLICACION:** 1996.

— Para solicitar información, dirjase a Base de Datos ICE. Biblioteca. Ministerio de Industria, Turismo y Comercio P.º de la Castellana, 162, planta 1. 28071 Madrid. Teléfonos: (91) 349 35 14. Fax: (91) 349 60 75, o entre en [www.revistasICE.com](http://www.revistasICE.com)

— Las publicaciones relativas a los documentos referenciados podrán adquirirse en el Punto de Venta de Publicaciones: P.º de la Castellana, 162, planta 0. 28071 Madrid. Teléf. (91) 349 36 47, o bien consultarse en Biblioteca, P.º de la Castellana, 162, 1.ª planta. Teléfono (91) 349 35 93.